

Capítulo

1

El deseo de Luca Campelli de morir rodeado por sus amados libros finalmente se cumplió una avanzada noche de octubre.

Por supuesto, se trataba de esa clase de deseos que nunca se formulan en voz alta, ni siquiera mentalmente, pero quienes habían visto a Luca en su tienda de libros antiguos sabían que así tenía que ser. El pequeño italiano se movía entre las pilas de volúmenes que se acumulaban en Libri di Luca como si caminara por su propio salón, y podía dirigir a sus clientes sin titubeos e infaliblemente hasta el estante o el montículo exacto donde se encontraba el libro por el cual habían preguntado. Al cabo de una breve conversación, resultaba evidente el amor de Luca por la literatura, sin que importase demasiado si el título en cuestión era una manoseada edición de bolsillo o una antigua y valiosa primera edición. Semejante familiaridad era testimonio de una larga vida con los libros, y la autoridad de Luca entre los estantes de su establecimiento de libros antiguos hacía que resultara difícil imaginarlo fuera de la tranquilizadora atmósfera de moderada devoción que dominaba el local.

Por eso aquella noche era totalmente especial, no sólo porque habría de ser la última de su vida, sino también por-

que Luca había estado ausente de la librería una semana. Ansioso por volver a ver su negocio, cogió un taxi directamente desde el aeropuerto a la tienda, en el barrio de Vesterbro, Copenhague. Durante el trayecto, le costó trabajo permanecer quieto en el asiento, y cuando finalmente el coche se detuvo, tenía tanta prisa por pagar y bajar que para no perder tiempo el chófer recibió una más que generosa propina con tal de evitar la molestia del cambio. Agradecido, el conductor extrajo del maletero las dos maletas de Luca, para luego abandonar sobre la acera a aquel anhelante caballero ya entrado en años.

La tienda estaba a oscuras y no parecía demasiado acogedora, pero Luca sonrió al identificar la fachada familiar que anunciaba con sus letras amarillas pintadas sobre el escaparate: Libri di Luca. Arrastró sus maletas unos pocos metros, desde el bordillo de la acera hasta la puerta, y las apoyó con pesadez sobre la escalinata. El viento otoñal jugueteaba con su abrigo, abriéndolo, y los faldones revoloteaban incesantemente mientras buscaba el manojito de llaves en el bolsillo interno.

El sonido de las campanillas sobre la puerta le dio la bienvenida a casa. Se apresuró a empujar las maletas al interior, sobre la alfombra de un rojo oscuro, para luego cerrar la puerta detrás de él. Se enderezó y permaneció así, parado y con los ojos cerrados, aspirando profundamente por la nariz para disfrutar del conocido perfume a papel amarillento y cuero viejo. Así estuvo durante algunos segundos, hasta que el sonido de las campanillas se desvaneció. Entonces abrió los ojos y encendió la lámpara del techo, aunque en realidad no era necesario. Después de haberse movido por el mismo lugar durante más de cincuenta años, podía orientarse sin problemas en la oscuridad. A pesar de eso, bajó la totalidad de los interruptores en el panel de detrás de la puerta, de tal forma que las lámparas ubicadas por encima

de cada sección de las estanterías e incluso aquellas situadas en las vitrinas también se encendieron.

Se dirigió detrás del mostrador y se quitó el abrigo. Del armarito situado debajo extrajo una botella y una copa, que llenó con coñac. Con la copa en la mano, se detuvo en el centro de la tienda iluminada y, mirando alrededor, no pudo evitar una sonrisa de satisfacción. Un sorbo del dorado brebaje culminó el momento; entonces sacudió la cabeza en señal de aprobación para sí mismo y dejó escapar un profundo suspiro.

Con el coñac en la mano, caminó despacito entre los pasillos de las estanterías examinando las hileras de libros. Probablemente, los ojos de otra persona no hubieran advertido los cambios producidos durante la semana pasada, pero Luca registraba de inmediato cada pequeña transformación sucedida en el local: los libros que se habían vendido o habían sido cambiados de sitio; nuevos títulos intercalados entre los viejos, y las columnas de ejemplares que estaban movidas o mezcladas. Durante su ronda de inspección, Luca empujaba los tomos a su lugar, de tal modo que todos estuviesen alineados, o bien cambiaba las obras que habían sido colocadas en un sitio equivocado. De vez en cuando, apoyaba cuidadosamente la copa para extraer un libro que no había visto antes. Lo hojeaba con auténtica curiosidad, estudiando los tipos de letras empleados, y dejaba que sus dedos sintieran la textura del papel. Finalmente, cerraba los ojos y se llevaba el volumen a la nariz para percibir el particular aroma de las páginas, como si se tratase de un vino añejo. Tras haber estudiado la cubierta y la encuadernación, colocaba cuidadosamente de nuevo el tomo en su lugar, ya fuese encogiéndose de hombros si albergaba alguna duda o con un cabeceo de aprobación.

En su ronda por el establecimiento resultaron mucho más frecuentes los cabeceos que el encogimiento de hom-

bros, de modo que lo que había hecho su ayudante durante su ausencia parecía haber sido plenamente aceptado por el propietario.

El empleado se llamaba Iversen, y trabajaba en la librería con él desde hacía tanto tiempo que en realidad se podía hablar más de una sociedad que de la vulgar relación entre jefe y empleado. No obstante, aunque Iversen apreciaba aquel negocio tanto como el propio Luca, jamás había dejado caer insinuación alguna respecto a una sociedad en el sentido estricto de la palabra. Luca había heredado la librería de su padre, Armando, y siempre había pensado que debía permanecer en manos de la familia Campelli.

Pocas cosas habían cambiado desde que Armando dejara el negocio a Luca; posiblemente la modificación más notable era el pasadizo construido para crear una planta superior. Medía metro y medio de ancho y corría paralelo a las cuatro paredes. Aquella remodelación fue bautizada por los clientes habituales como El Cielo, ya que allí se encontraban las obras más caras y extraordinarias, protegidas y expuestas en vitrinas.

Antes de subir al pasadizo, Luca volvió al mostrador para servirse otra copa de coñac. Luego se dirigió al fondo de la tienda, donde una escalera de caracol conducía hasta el piso superior. Al ascender por los gastados escalones, la escalera crujió peligrosamente, pero siguió subiendo imperturbable hasta alcanzar la cima. Allí, giró sobre sí mismo y contempló la librería. Las estanterías que se extendían debajo de él se parecían, con un poco de imaginación, a un laberinto de arbustos bien cortados, pero conocía demasiado bien su territorio como para perderse, de modo que su mirada pronto encontró la salida y se detuvo sobre las dos maletas que habían quedado abandonadas junto a la puerta.

Unas pequeñas arrugas y una expresión grave le oscurecieron de improviso el rostro, y sus ojos castaños pa-

recían observar regiones mucho más lejanas que la planta inferior. Pensativo, Luca levantó la copa e inhaló el aroma del coñac antes de tomar un sorbo y desviar la mirada de los dos cuerpos extraños, para concentrarse en las estanterías del pasadizo.

La luz de las vitrinas era suave y les confería a los volúmenes allí protegidos un brillo romántico y dorado. Detrás de los cristales, los libros estaban expuestos como pequeñas obras de arte, algunos abiertos con imágenes multicolores y fantasiosas descripciones de sus historias; otros cerrados, para exhibir la maestría artesanal con la cual se había confeccionado la encuadernación o el cuero curtido.

Luca caminaba con paso lento, con una mano sobre la barandilla del pasadizo y la otra aferrando la copa de coñac, y mientras hacía oscilar la bebida con delicadeza en pequeños círculos su mirada se detenía sobre el contenido de los armarios. Por lo general, nunca había cambios significativos entre las obras del primer piso; poca gente contaba con medios suficientes para comprarlos, y quienes los poseían, por regla general, adquirirían muy pocos ejemplares, especialmente elegidos para su colección.

Las obras nuevas procedían casi exclusivamente de compras de herencias, o bien, aunque con escasa frecuencia, de liquidaciones de bibliotecas.

Por eso Luca se quedó petrificado cuando su mirada acertó a recaer sobre un tomo específico. Frunció el ceño y apoyó la copa en la barandilla antes de inclinarse sobre el cristal para estudiar el ejemplar más de cerca. La encuadernación era en cuero negro con letras doradas, y los bordes del papel también estaban laminados en oro. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, Luca abrió bien los ojos para leer el título y el nombre del autor. Resultó ser una edición muy cuidada de las *Operette morali*, de Giacomo Leopardi,

en un estado óptimo y naturalmente en el idioma original: italiano, la lengua materna del librero.

El hombre se arrodilló y, visiblemente turbado, abrió la vitrina. Con manos temblorosas, tanteó buscando el bolsillo de su camisa, lo levantó, extrajo sus gafas y se las colocó. Cuidadosamente, como para no espantar a la codiciada presa, se inclinó hacia delante y cogió el libro con ambas manos. Una vez asegurado el trofeo, lo extrajo del mueble y lo giró asombrado ante sus ojos. Profundas arrugas aparecieron en su frente; se enderezó con un impulso repentino y miró a su alrededor, como si intuyese la presencia de alguien que le vigilaba, algún espectador furtivo de este extraordinario hallazgo. Al no poder distinguir a nadie, volvió nuevamente a dirigir la mirada al volumen que tenía entre sus manos, para abrirlo con sumo cuidado.

En la cubierta pudo leer que se trataba de la primera edición, una circunstancia que, junto al año de impresión, 1827, justificaba su ubicación en El Cielo. El papel tenía una estructura fuerte, y con inmensa alegría dejó a sus dedos deslizarse sobre la página. Luego levantó el libro hasta su nariz y lo olfateó. Poseía un aroma levemente condimentado, de algo que dedujo que tenía que ser laurel.

Con la cuidadosa minuciosidad de un investigador, siguió hojeando el libro hasta detenerse en un grabado, una lámina que representaba a la muerte con túnica y guadaña. La ilustración estaba muy bien lograda, y a pesar de examinarla detenidamente, no pudo encontrar en ella ningún error de impresión. El aguafuerte, una técnica de grabado algo complicada, estuvo muy difundida durante el siglo XIX, y se distinguía por mostrar un mayor grado de definición y pureza en los detalles, mucho más refinados incluso que en las mejores xilografías. Por otro lado, se hacía imprescindible proceder con mucho cuidado, dado que la tinta se recogía en una cavidad de la lámina de cobre, mien-

tras que el texto, por lo general, estaba moldeado en plomo y en relieve.

Luca pasó varias páginas, admirando con gran entusiasmo los otros grabados que contenía el libro. Sin embargo, al llegar a la última carilla, volvió a fruncir el ceño. Normalmente, era allí donde acostumbraba a colocar una etiqueta del tamaño de una tarjeta personal con el precio y el nombre de la tienda, pero, en este caso, la tarjeta faltaba. Le parecía raro que Iversen hubiese comprado una obra tan costosa sin consultarle, y más extraño aún le resultaba que exhibiese el ejemplar para la venta sin el precio, algo que contradecía por completo su minucioso modo de hacer las cosas.

Luca volvió a examinar detenidamente el local, como esperando a un imprevisto comité de bienvenida que se presentara para develar el misterio, pero sólo unas cuantas personas estaban al tanto de su viaje y de su llegada, y aquéllas sabían muy bien que no había argumentos convincentes como para festejos.

Se encogió de hombros, abrió el libro por la mitad y comenzó a leer en voz alta. Las dudas desaparecieron de su rostro y fueron sustituidas por la alegría de leer en su lengua materna. Poco después levantó aún más la voz y dejó que las palabras inundaran los pasillos de la librería. Llevaba un tiempo sin leer en italiano, así que aún tardó un par de páginas antes de dar con el acento correcto y encontrarle al poema su verdadero ritmo. No había duda de que estaba disfrutando: los ojos le brillaban de felicidad y el entusiasmo expresivo marcaba un fuerte contraste con la melancolía del texto.

Duró sólo un instante. De golpe, la expresión de su rostro dejó de lado el entusiasmo para dar paso a la sorpresa. Entonces, vacilante, retrocedió dos pasos, haciendo que su cuerpo destrozara la vitrina que se encontraba a su espal-

da. Sin apartar los ojos del libro, siguió leyendo mientras llovían sobre él fragmentos de vidrio. Las pupilas dilatadas transformaron la sorpresa en terror; sus nudillos empalidecieron a causa de la presión con la que aferraba el volumen entre sus manos. Con movimientos tambaleantes, casi mecánicos, su cuerpo se inclinó hacia la barandilla y, al tomar contacto con ella, el temblor hizo que la copa de coñac se volcara rodando, para estrellarse contra el suelo de la planta inferior. La alfombra amortiguó el sonido del cristal al romperse.

La fuerza de la voz de Luca seguía sin disminuir, pero el ritmo era ahora irregular y frenético. El sudor perlaba la frente del anciano, y su rostro adoptó un color rosado por el esfuerzo. Un par de gotas descendieron por el puente de la nariz hasta la punta, y desde allí cayeron sobre el libro. El papel grueso absorbió las gotas de sudor como si fuese lluvia en el lecho de un río seco.

Luca abrió desmesuradamente los ojos, que se concentraban en el texto sin parpadear ni una sola vez, ni siquiera cuando cayeron sobre él las gotas de sudor. Las pupilas seguían implacables los renglones de las páginas y, aunque el hombre lo intentara, le resultaba imposible girar la cabeza: no podía hacer otra cosa que leer el libro que tenía entre sus manos. Todo su cuerpo comenzó a temblar violentamente y una sensación de dolor contrajo su rostro en una mueca macabra, transformando a aquel hombre, en otro momento de aspecto tan amable, en alguien que bien podía parecer un loco o un epiléptico en pleno ataque.

A pesar del esfuerzo físico, la voz de Luca continuaba flotando en el local, balbuceante y a veces interrumpida por una pausa, a la que seguía un torrente de palabras. Ya no había ritmo en lo leído, las frases eran masculladas y unidas sin observar las reglas gramaticales, y el acento en las sílabas era cada vez más casual con el incremento de la velocidad.

Aunque resultaba posible reconocer cada una de las palabras, la pronunciación y su secuencia ya no era comprensible, y las frases que salían de las cuerdas vocales de Luca estaban despojadas de todo sentido. No obstante, la lectura avanzaba a una velocidad enloquecida, y el torbellino de palabras era ahora sólo interrumpido por espantosas inhalaciones cada vez que los pulmones se quedaban sin aire. Al cabo de cada intento por respirar —lo cual producía una aguda estridencia—, las palabras y frases escapaban por la boca del librero con la fuerza de un caudal de agua que había permanecido momentáneamente estancado.

En ese momento, el cuerpo le temblaba con tanta fuerza que la barandilla a la cual estaba sujeto comenzó a vibrar haciendo crujir violentamente la estructura de madera. El sudor se deslizaba por todo su cuerpo, y en varios lugares se podía advertir su ropa empapada; sobre la alfombra, en torno suyo, las gotas del sudor formaban manchas oscuras.

De golpe, el torrente de palabras se detuvo y los temblores cesaron. Luca tenía todavía los ojos clavados en el libro que sujetaba entre sus manos, pero la expresión de pánico se había desvanecido. Una mirada apaciguada, tranquilizadora, conquistó de inmediato el rostro del italiano. Lentamente, inclinó el cuerpo sobre la barandilla, el libro se deslizó entre sus manos sudorosas y las páginas cayeron aleteando. La baranda crujía peligrosamente bajo el peso, hasta que un tramo de la misma se partió con un estallido y todo se llenó de astillas. Por un instante, el cuerpo de Luca permaneció detenido con firmeza en el borde del pasadizo, antes de derrumbarse y rodar sin vida hacia delante, para terminar desplomado en el suelo del piso inferior. En su viaje final, los desfallecidos miembros se agitaban sin control hacia los costados, derribando estantes y libros que acabaron por levantar una nube de polvo.

El cuerpo de Luca golpeó el suelo con dureza en un pasillo angosto, entre dos estanterías, e inmediatamente quedó sepultado debajo de un montón de libros, madera y polvo.